

embargo, con La ciudad de la alegría conviví con estas gentes mucho tiempo, y fue entonces cuando descubrí personas extraordinarias, gente que me daba cada día lecciones de amor y de coraje. Gente que me enseñó lo que era la vida con una V mayúscula”.

Que se puede salir de las esclavitudes personales cuando se ha tocado fondo ha sido para mí a lo largo de estos años, y sigue siendo a día de hoy, algo tan palpable en las CTPs como para Lapierre el descubrimiento de la belleza humana dentro de los arrabales de las grandes ciudades de la India, o como para Viktor Frankl salir con vida de los campos de concentración nazi. En los siguientes epígrafes se despliegan algunas de las claves que, a mi entender, hacen posible esta superación: 1, la mentalidad adictiva actual y la necesidad de una nueva definición de las adicciones; 2, los jóvenes y las adicciones; 3, las familias y las adicciones; 4, la escuela y las adicciones; y 5, la Comunidad Terapéutica Rehumanizadora.

1. La mentalidad adictiva actual y la necesidad de una nueva definición de las adicciones

Las adicciones son un problema social grave extendido por todo el mundo que afecta especialmente a los jóvenes. La mentalidad adictiva actual es de tal magnitud que ya no basta con referirnos sólo a las personas que consumen drogas, o que son dependientes de algo o de alguien. Hoy identificamos a la persona adicta con el perfil de ser esclavo de sí mismo y, por tanto, podemos decir ya claramente que las adicciones son una esclavitud existencial consecuencia de una vida vacía de sentido. Un perfil, en suma, que se da en muchos hombres y mujeres de nuestro entorno cotidiano, y que podemos encontrar en cualquier tipo de sociedades a escala planetaria.

Digamos en primer lugar que la persona adicta no es diferente a las demás, alguien especial por las características de su personalidad o por un origen familiar o ambiental más o menos desestructurado o marginal. Antes bien, la grave inmadurez personal que padece en último término es fruto de su propia (i)responsabilidad, y sus condicionantes genéticos y ambientales, aunque influyen en ella, no son totalmente determinantes, entre otras razones porque otras personas de su mismo entorno y características personales similares no andan por caminos adictivos. Con lo cual estamos afirmando ya que no existe necesariamente una tipología social ni familiar específica que dé origen a una adicción.

La adicción a las drogas, por ejemplo, es un problema que entra en cualquier familia independientemente de su nivel económico o social y en cualquier

centro educativo de nuestro entorno, y por eso lo más efectivo para encontrar soluciones verdaderas es estudiar el tipo de actitudes y valores transmitidos por la estructura familiar y educativa a las nuevas generaciones, y la calidad de sus relaciones personales. Porque si algo está claro en el mundo adictivo es que la persona adicta o dependiente, quiera o no, implica a su entorno familiar en los problemas que origina, y logra convertirse en el centro de la preocupación de los demás sirviéndose de todo y de todos creando desconcierto a su alrededor.

Pero hay esperanza. Hay salida verdadera incluso ante las situaciones de mayor esclavitud adictiva, y las personas de nuevo pueden ser dueñas de su porvenir. El mayor mensaje que nos transmiten quienes hacen realidad en su vida programas rehumanizadores auténticos, se puede resumir en la capacidad del ser caído de volver a sentirse persona, única actitud que hace posible levantarse de cualquier tipo de existencia infrahumana y volver a encontrar sentido a la vida. Porque toda vida carente de sentido es una vida extraviada, malherida, deshinchada como un tejido deteriorado.

Según Viktor Frankl la causa principal de la infelicidad del ser humano no debe buscarse en una represión sexual, como afirmaba Freud, o en un complejo de inferioridad, como pensó Adler, sino en la falta de sentido existencial. Justamente es lo que corrobora la vida de muchas personas en una CTP y la sencilla teoría de la rehumanización que la sustenta. Pero antes de entrar propiamente en la “bioética de las adicciones” necesitamos redefinir el fenómeno adictivo actual y sus causas para comprender mejor su posible superación, también a escala social.

Y lo primero que constatamos es que este fenómeno es un problema para los gobiernos de la mayoría de los países no porque les importe la esclavitud existencial de las personas que la padecen, sino porque el número de adictos va en aumento y pueden poner en peligro el llamado “estado del bienestar” si colapsan los recursos sanitarios, farmacológicos, asistenciales, policiales, judiciales o carcelarios. Pero precisamente por eso la lucha de los Estados contra las adicciones tiene poco éxito, porque no abordan las causas profundas ni tienen en cuenta los factores existenciales y educativos de sus ciudadanos, es decir los modelos de vida propuestos por la sociedad que contribuyen directa o indirectamente a crear una insaciable demanda.

Es sintomático que las adicciones produzcan una ambivalencia paradójica, de atractivo y de rechazo a la vez, tanto individual como socialmente: por un lado, un rechazo claro, y, por otro, un atractivo fascinado hacia el mundo del “placer desconocido”. En verdad, desde un

planteamiento realista, la salida más radical del mundo de las adicciones sería la decisión responsable de la persona, bien para no iniciarse, bien para salir si está enganchada. Evidentemente todas las tareas encaminadas hacia la no iniciación son las más eficaces y rentables -la prevención familiar y escolar, sobre todo-, pero para desengancharse quienes ya están iniciados las mejores terapias consisten en programas de rehumanización total de las personas en centros de autoayuda o Comunidades Terapéuticas personalistas que podemos llamar con toda propiedad centros de rehumanización.

Los hábitos de vida de los jóvenes varían con rapidez y su inicio en las conductas adictivas hay que situarlo cada vez a edades más tempranas. Las llamadas "drogas de diseño", por ejemplo, tienen un proceso de producción y colocación en el mercado muy rápido, porque la tecnología hace posible su elaboración a partir de productos farmacéuticos al alcance con relativa facilidad, distribuyéndose con enorme rapidez hasta que los agentes policiales y los gobiernos las detectan. Ello significa que cada vez es más amplia y diversa la oferta, más barata y fácil de alcanzar, y, lo que es más alarmante, su consumo cada vez se ve con más normalidad por el entorno. Hablamos, en suma, de policonsumo y de pandemia pero con el agravante de una creciente aceptación social producida por la familiaridad de la globalización.

Observemos que el grave error de priorizar la 'sustancia' o el objeto adictivo frente a la persona proviene de aceptar el esquema 'buenas' y 'malas'. Error histórico. Este maniqueísmo extendido a gran escala y sutilmente admitido sentencia que cuando las adicciones y las conductas adictivas cumplen determinadas funciones 'buenas', como diversión necesaria, alivio del dolor, autoestimulación, etc., y se mantienen dentro de un uso adecuado o 'terapéutico' ello no reviste problema; el problema surge cuando producen consecuencias 'malas' a la salud, u originan graves conflictos familiares y sociales. Pero ambas formas, en una especie de efecto pendular, son fruto de una mentalidad irresponsable, porque una vez que se ha empezado por ese camino 'terapéutico' es muy difícil detenerse.

Muchos jóvenes no pueden estudiar, ni trabajar, ni relacionarse normalmente con los demás, sin estar mediatizados por algo adictivo (sustancia o no sustancia), pero no se consideran adictos y sólo aplican este calificativo a los drogadictos 'malos'. Lo cierto es que el tipo de adictos 'buenos' apenas preocupa a la sociedad, porque están insertados dentro del 'orden' estable y controlado, sin grandes sobresaltos sociales. Quienes preocupan son los 'malos', los que crean inadaptación y marginación social,... cuando en realidad su principal

problema no es la adicción en sí, sino el desamparo humano y la desestructuración personal que padecen.

Con frecuencia se sigue pensando que la única alternativa para tratar a estas personas consiste en suministrarles fármacos, como por ejemplo derivados opiáceos a los adictos a sustancias, y las políticas sociales de las autoridades y los distintos Gobiernos otorgan grandes subvenciones económicas para estos programas específicos (adictivos), sin procurar espacios sociales de rehumanización donde proponer el abandono real y total de las adicciones. Desalentados por los pocos resultados de sus esfuerzos, muchos profesionales de la ayuda (educadores, médicos, psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales, etc.) piensan que lo único que se puede hacer es implementar programas 'de reducción de daño', es decir suministrar sustancias 'buenas', aun sabiendo que el retorno a las 'malas' es lo normal después de un abandono aparente de corta duración. Se actúa, por tanto, sin un programa serio de abandono paulatino, por ejemplo sin un decalaje bien establecido. Pero así la persona esclava de sí misma nunca podrá salir de su espiral adictiva, y el fracaso está asegurado a priori porque no se la ayuda a reconstruir su paisaje del alma desde fundamentos antropológicos personalistas.

La cuestión latente detrás de este planteamiento es la legalización de las sustancias adictivas, presente en el debate social de forma permanente a través de ideologías y fomentada por poderosos lobbys económicos. La pregunta es si se puede eliminar la adicción con el uso de drogas 'buenas'. Parece que no es muy coherente este planteamiento si pensamos de verdad en la persona esclava de sí misma. Facilitar sustancias a un adicto no sólo no le estimula a plantearse en serio su rehumanización, sino que se estabiliza en el uso y el consumo recurrente. De hecho en sus inicios durante bastante tiempo la persona adicta mantiene la reserva mental de poder sustituir una sustancia por otra, y consumirla de forma 'controlada'.

Pero precisamente uno de los momentos cumbre del proceso curativo total de la persona caída es cuando llega a tomar conciencia de su realidad y, desde un profundo autoconocimiento personal, decide con radicalidad vivir sin ataduras adictivas y sin comportamientos negativos que la conduzcan de nuevo a ellas. Lo bonito del ser humano es saber que la posibilidad última de su recuperación es impredecible y depende, en última instancia, de él mismo. No en vano su capacidad de reacción es sorprendente. Y para eso la sociedad debe superar sus miedos y sus incoherencias y crear espacios institucionales de auténtica esperanza y programas educativos rehumanizadores totales.

Un ejemplo claro lo tenemos en el desconocimiento a gran escala de las CTPs. Todavía hay una gran desinformación sobre la presencia de estos Centros en los barrios de las ciudades, en el sentido de que no sólo no atraen delincuencia y adicciones a la zona, como muchos piensan, sino todo lo contrario. Porque no sólo son espacios de encuentro que ayudan a las personas adictas a crear situaciones positivas de vida, sino que son un modelo para otras instituciones sociales, incluidos los centros educativos formales, y las personas que allí se rehumanizan son auténticos ejemplos para los demás al verlas luchar de verdad por salir de la esclavitud existencial que les atenaza.

Isaac Núñez (Núñez, I., 1994), un experimentado terapeuta español, ya en 1994 propuso a las autoridades españolas una decidida apuesta por las personas caídas en la situación existencial más depauperada, porque su experiencia diaria le demostraba que es posible salir de verdad del infierno de la esclavitud y recobrar la felicidad perdida: "Se constata en muchos casos que son los toxicómanos más desestructurados a todos los niveles quienes más profundizan en su proceso terapéutico y logran su total rehabilitación e integración social, quizás porque habían tocado fondo y ya no pueden engañarse a sí mismos de ningún modo. Un profesional tendría delante una 'historia clínica' que le ofrecería pocas esperanzas de lograr resultados positivos" (Núñez, I., 1994, pp. 40-41).

Desde la antropología personalista actual diríamos que la sociedad ya no tiene excusas para seguir cayendo en la trampa "duras-blandas", "malas-buenas", porque el denominador común de todos los adictos de todas las épocas es la necesidad de llenar el vacío existencial de su vida. Por ello, si de verdad queremos ayudar a las personas a superar la esclavitud de sus ataduras, lo primero que necesitamos es redefinir el concepto de adicción y asociarlo a la idea de infelicidad radical y de esclavitud existencial. Justamente en este punto comprendemos por qué las adicciones engloban a todo tipo de adictos, y por qué ya no tiene sentido hablar de drogas y ni siquiera de adicciones.

La definición genérica de droga acuñada en 1975 por la Organización Mundial de la Salud (Kramer, J.F., Cameron, D.C., eds., 1975), "toda sustancia que introducida en el organismo vivo puede modificar una o más funciones en éste", aún sigue apareciendo en manuales de especialistas, pero por la década de los años noventa del siglo pasado la propia OMS entendió el concepto como cualquier tipo de sustancia adictiva (alcohol, anfetaminas, barbitúricos, cannabis, cocaína, alucinógenos, opiáceos, o disolventes volátiles), y por entonces se empezó a utilizar el término farmacodependencia. Otras directivas comunitarias europeas posteriores definieron

las drogas como "toda sustancia que estimula, inhibe o perturba las funciones psíquicas, perjudica la salud y es susceptible de generar dependencia". Más recientemente la OMS referirá la adicción como una enfermedad física y psico-emocional descrita no sólo como una sustancia, sino también como actividad o relación (por ejemplo codependencia).

Sin embargo podemos afirmar con plena seguridad que estas definiciones son claramente deficitarias porque siguen poniendo el acento en la sustancia o actividad y no en la dimensión noética (espiritual en el amplio sentido de la palabra) de la persona. Por eso la explicación más real de las adicciones hoy pasa por descubrir que todas producen síndrome de dependencia esclavizante, sin más, es decir sin atender al tipo de sustancia 'interna' o acción 'externa' que produce dicha dependencia, porque todas quitan felicidad al ser humano. De modo que una definición más realista y esperanzadora puede ser la siguiente: adicción es cualquier realidad que hace esclava a la persona en su cuerpo, en su mente o en su espíritu.

Jacques Durand-Dassier (Durand-Dassier, J., 1994), un buen conocedor de las primeras comunidades terapéuticas humanistas de Nueva York, en 1968 ya observó con agudeza que la palabra dependiente era demasiado débil para calificar los lazos que unen a una persona con su droga. Con más razón hoy si cabe, y desde una fundamentación antropológica más aquilatada, podemos aplicar el calificativo de esclavitud a cualquier tipo de conducta adictiva, y el término autoesclavo no es desproporcionado si tenemos en cuenta la destrucción de la personalidad a que se ven sometidas todas las personas adictas, independientemente de la sustancia que tomen o la actividad alienante que ejerciten.

Cualquier tipo de esclavitud frente a algo (sustancia o 'cosa') o a alguien (persona o institución), es decir no sólo al alcohol o a los fármacos o a las sustancias que señalaba la OMS, sino también frente a la comida, al sexo, a las sectas, al poder, al trabajo, al dinero, a las compras, al juego de azar, a internet o a las redes sociales,... todas son 'droga'. La mayoría de estas actividades y sustancias son necesarias para la vida, pero cuando se ejercitan de forma compulsiva o se toman sin control enferman a las personas y las esclavizan porque se convierten en conductas alienantes que llevan al enanismo psicológico y a la infelicidad personal. Eso son las adicciones. De aquí la gran responsabilidad de los gobernantes, de los medios de comunicación, de la familia y de la escuela, sobre todo, y la necesidad que tenemos de comprender bien las sutilezas del fenómeno adictivo actual.

La mayoría de las veces es posible asociar un conjunto de adicciones en la misma persona, de manera que poner fin a una no alivia automáticamente las demás, sino que suele producir el surgimiento de otras nuevas. Y si podemos hablar de mentalidad adictiva concluimos, con A. Washton y D. Boundy (Washton, A.M., Boundy, D., 1991), que "la verdadera causa de la adicción reside dentro de nosotros [mismos]" (Washton, A.M., Boundy, D., 1991, p. 68). La bulimia, la anorexia, el trabajo compulsivo, el juego ludópata, las compras desenfrenadas, el sexo por el sexo, viajar por viajar, el ejercicio físico compulsivo, navegar por internet y las redes sociales sin descanso,... para muchas personas hoy día son hábitos que sólo tratan de llenar su vacío existencial. Eso es adicción.

Mentalidad adictiva, por tanto, es huir de uno mismo y la huida de nosotros mismos es el piloto intermitente que nos indica que vivimos en un profundo vacío existencial. Si no se llena a tiempo ese vacío tarde o temprano caeremos en la desesperación. En la actualidad vivimos en una mentalidad adictiva creciente, posiblemente la nueva esclavitud de nuestra época, sutil, que se proyecta en la primera mitad del siglo XXI como sombra siniestra. Pero decir (la sociedad 'dice') "no hay nada que hacer", o decir (la persona 'dice') "yo soy así y no puedo cambiar", es falso porque siempre se puede salir de cualquier pozo y de cualquier fondo (incluidos los "pozos sin fondo"), incluso de los contaminados por el sida y la desesperación.

Por descontado no todas las adicciones son iguales y, de hecho, existen importantes diferencias entre ellas: las adicciones a las sustancias alteran el funcionamiento del cerebro rápidamente, a diferencia de las demás. Sin embargo cuando nos situamos en el plano existencial es fácil identificar los puntos en común entre tipos de adicciones aparentemente muy distintas: "Las adicciones pueden parecer muy diferentes en la superficie pero [todas] son provocadas por las mismas causas profundas" (Washton, A.M., Boundy, D., 1991, p. 12), porque todas conducen al mismo estado psicológico y espiritual degradado de la persona que sigue esos derroteros, es decir a la dependencia mental y a la esclavitud existencial de las gentes.

2. Los jóvenes y las adicciones

Es evidente que las personas más expuestas a las adicciones son los jóvenes. Ellos no sólo son particularmente susceptibles a la influencia del ambiente escolar y del grupo de compañeros a los que pertenecen, sino que las condiciones sociales de una 'cultura de la muerte' son el caldo de cultivo apropiado para esta nueva

esclavitud existencial de nuestras sociedades. Los expertos señalan que esta 'cultura', y las adicciones como parte de ella, está tan arraigada en la mayoría de los ambientes juveniles porque es percibida por los jóvenes como portadora de fuertes sensaciones y como medio imprescindible de integración grupal.

Pero a continuación hemos de subrayar que en esta realidad y en los ambientes negativos juveniles de nuestras sociedades, además de la responsabilidad colectiva, debe de aparecer clara su propia responsabilidad individual, entre otras razones porque la gente joven hoy dispone de suficiente información como para practicar o no conductas de riesgo adictivo. Tanto para entrar como para salir de las adicciones, y en cualquier caso para hacer justicia a la condición humana, ha de quedar muy claro desde el principio que, sin excluir otras responsabilidades -especialmente de los padres-, el joven es el último responsable de su vida. Cada uno personalmente.

Para el joven principiante, fumar o beber alcohol conlleva atractivo hacia lo desconocido, pero sobre todo conlleva la curiosidad de hacer y sentir lo mismo que hace y siente el otro. El proceso es artero. Poco a poco, por inmadurez, por evasión de su realidad concreta (familia, estudios, etc.), por engaño y provecho de muchos -manipulación ideológica y económica, crimen organizado-, o por aburrimiento, y en el fondo siempre buscando algo que dé sentido a su vida creyendo encontrar la felicidad donde no está, muchos jóvenes caen en la más sutil de las esclavitudes: en la esclavitud de sí mismos.

En efecto, el inicio de beber alcohol, fumar cannabis, o consumir pastillas, aparece en los jóvenes simplemente como ritual para formar parte del grupo. A edades cada vez más tempranas empiezan con el 'botellón' y con los 'porros' en la pandilla del colegio o del barrio; de ahí pasan a las pastillas, luego... Es un proceso en cascada, de efecto dominó, perfectamente estudiado por las mejores corrientes de la antropología y la psicología actual. Es, en suma, el recorrido de un proceso de 'vértigo espiritual' (López Quintás A., 1991), un camino que al principio ofrece todo pero al final no deja nada.

Cierto que no todos los jóvenes que entran en contacto con las conductas adictivas generan después una dependencia automática, ni al límite, pero también es cierto que nadie que llega a ser auténticamente autoesclavo lo hace a través de una decisión reflexionada y por propia voluntad. Por eso, aparte la falaz distinción entre 'blandas y duras', 'buenas y malas', 'uso y abuso', 'independencia y dependencia', el bienestar inicial resulta tan escurridizo que la expresión "uso responsable" asociada a cualquier tipo de adicción se convierte en una trampa que puede terminar en tragedia. Por otra

parte es claro que una persona no cae en esa tragedia de golpe sino que hasta llegar a esa situación antes ha dado bastantes pasos previos de conductas negativas. Surge entonces la desconcertante pregunta de por qué el ser humano cae en la autodestrucción con tanta frecuencia, y repite patrones de comportamientos negativos y de conductas autodestructivas en su vida.

Igual que 'engancharse' no es una respuesta de golpe, la conducta adictiva tampoco se manifiesta de golpe. El fenómeno reviste toda una lógica interna de encadenamientos asombrosa, puesta de manifiesto magníficamente por la gran literatura universal. A medida que la persona adicta empieza a acumular problemas en su familia, en sus estudios, en su trabajo o en sus ámbitos sociales, comienza a negar dos cosas: que la actividad adictiva en cuestión constituya un problema que no puede controlar, y que los efectos negativos en su vida tengan alguna conexión con dicha actividad compulsiva. En efecto, es típico de la mentalidad adictiva tratar de persuadir a todo el mundo de que se 'controla' y no se tienen problemas: "yo no bebo todos los días", "yo sólo consumo los fines de semana", "si fuera adicto lo haría todos los días", etc.

Lo grave no es que estas personas tratan de manipular a todo el mundo que les rodea, sino que en el momento que lo niegan realmente creen estar diciendo la verdad. Bloquean su conciencia los hechos que demuestran lo contrario. Por eso a las personas cercanas que conviven con un ser adicto, padres, cónyuge, hijos, amigos, la negación de la realidad por parte de éste les resulta desesperante. Sucede que eluden el problema y no lo reconocen, sobre todo en sociedad o delante de los demás.

Sucede a muchas personas que son dependientes de alguien, o simplemente de un pasado penoso, y no lo reconocen. Y lo mismo les sucede a muchos familiares cercanos: niegan la realidad de que su hija, esposo, compañero, etc., sea una persona adicta, con lo cual están haciendo el juego que le interesa a quien se hace la víctima: "La principal función de la negación es evitar que nadie interfiera en el uso de la droga" (Washton, A.M., Boundy, D., 1991, p. 47). Esta es una situación típica de inmadurez colectiva en la que parece que todos engañan a todos para mantener un estado de cosas que no llevan a ninguna parte.

3. Las familias y las adicciones

Para comprender la mentalidad adictiva de una persona que ha llegado al límite en este terreno hemos de situarnos en su trayectoria vital y sus circunstancias familiares previas.

En efecto, es preciso echar la vista atrás y ver cómo fue la niñez y la juventud de esa persona, y preguntar por las conductas primeras que la llevaron a entrar en el camino de una desestructuración personal segura. Y cuando buscamos las causas en la familia y en el hogar nos fijamos en dos influjos principales: en el ejemplo de los padres y hermanos en relación con su uso del alcohol, tabaco, etc., y en la vivencia de los medios de comunicación -TV, internet, etc.-, así como en el uso del dinero.

Hay un dato relevante que confirman todos los estudios y es que los hijos de familias negativas a menudo han sido sometidos a algún trauma, especialmente la adicción de uno de sus padres o de los dos: el 65% de los adolescentes adictos tienen por lo menos un progenitor adicto. A. Schutzenberger y M. J. Sauret (Schutzenberger, A, Sauret, M.J., 1980) han denominado 'triángulo perverso' a esta familia tipo: la madre sobreprotectora [b], el padre ausente o adicto [c], y el hijo adicto [a].

a) drogadicto

c) padre adicto b) madre sobreprotectora

Muchos padres actuales que delegan su responsabilidad educadora en la escuela o en otras personas (empleadas de hogar, abuelos,...), pierden su autoridad natural y la posibilidad de educar a sus hijos en el respeto y promoción de su libertad y responsabilidad, en la educación de su afectividad y en la comunicación personal. Sobre todo, sus hijos padecen incomunicación permanente en el hogar.

Una importante causa familiar de incomunicación y, por tanto, facilitadora de conductas adictivas en la propia casa, está en el aislamiento que provoca la sobredosis de pantalla (TV, internet, móvil,...) tantas veces llena de mensajes de violencia, corrupción, dinero fácil, voluntad de placer y de poder..., o simplemente de contra-ejemplos personales que mitifican la realidad. Niños y jóvenes, que necesitan modelos de identificación y admiración, interiorizan esas situaciones y personajes imaginarios muchas veces cargados de negatividad, con lo cual se inclinan con más facilidad hacia lo negativo.

La adicción actual a la realidad virtual sigue el mismo patrón que Isaac Núñez (Núñez, I., 1994) denunciaba sobre la adicción a la TV en los años noventa: se puede hablar literalmente de un verdadero escándalo público -decía Núñez- que induce a niños, adolescentes y jóvenes y personas en general, actitudes y pautas de vida negativas o despersonalizantes, pues crea síntomas de adicción similares al alcohol u otras sustancias, con

síndrome de abstinencia, excitación placentera mientras se realiza la acción, actos 'delictivos' para poder continuarla, o simplemente fomenta la evasión de la realidad y la falta de responsabilidad (Núñez, I., 1994, p. 30). En este sentido, hablamos de la esclavitud que provoca hoy estar enganchado al terminal sin descanso. Las redes sociales, cuando se utilizan de forma compulsiva, esclavizan porque separan a las personas de las personas, es decir de la auténtica realidad: nos despersonalizan.

Otro mal ejemplo familiar para los hijos es el uso irresponsable del dinero en el hogar, y consiguientemente un manejo mal aprendido desde pequeños. Muchos padres y parejas que asisten a las reuniones de autoayuda en los Centros donde se rehumanizan sus hijos, refiriéndose a la irresponsable administración del dinero en su casa se autoinculpan y refieren claramente que no supieron educar a sus hijos en este terreno.

En definitiva, las carencias de auténtica vida familiar y afectiva, los padres negativos y falta de comunicación en el hogar, los programas de televisión negativos, descargas de internet y videojuegos negativos, uso inadecuado del dinero, etc., inciden decisivamente en el 'enanismo psicológico' de los hijos, y constituyen el caldo de cultivo apropiado para que terminen enganchados a la esclavitud de las adicciones. Lo cual nos lleva a concluir que una persona no desarrolla una personalidad adictiva genéticamente, ni por causalidad ambiental, sino que ciertas experiencias de su infancia la predisponen a hacerse adicta. Es bastante evidente establecer que los niños y jóvenes que crecen entre padres adictos, así como los hermanos que conviven con hermanos adictos, corren serio riesgo de ser adictos también. Pero sobre todo es preciso insistir en que, por el hecho de educarnos en una sociedad adictiva, este problema nos afecta a todos. Está en juego no sólo nuestra felicidad personal, también nuestra continuidad como sociedad. De ahí que la educación preventiva tenga tanto que decir, y que la necesidad de educar en valores siga siendo una prioridad de los gobernantes responsables.

4. La escuela y las adicciones

Interesa acercarnos, en efecto, a la etapa escolar de las personas adictas porque de ella también podemos extraer algunas conclusiones reveladoras de una situación de infelicidad existencial. Aunque no se puede concluir que todos los adictos padecieron un alto nivel de fracaso escolar, no es menos cierto que la mayoría sí. De inicio encontramos una correlación muy alta entre absentismo escolar ("hacer pellas", en expresión española) e iniciarse en conductas adictivas.

La pregunta ahora es qué hacer desde la educación y desde el ámbito escolar para prevenir la mentalidad adictiva de niños y jóvenes. Y la primera respuesta clara es que efectivamente desde la escuela, igual que desde la familia, la mejor intervención es también la prevención. Es de sentido común generar condiciones y espacios de vida positivos en los centros educativos, y enseñar a los alumnos a movilizar la poderosa energía vital que llevan en sus venas ofreciéndoles mensajes acordes a las ilusiones e ideales de su vida, y no mensajes negativos.

Lo mejor que puede aportar la Escuela como institución vertebradora de las sociedades es dar alternativas de vida creativa a niños y jóvenes. Este sería un nivel profundo y riguroso a la hora de plantear la prevención de las esclavitudes personales, porque no basta con hablar de prevención sin ofrecer posibilidades reales de vida más plena, en el doble sentido de vida saludable corporal y mental o espiritual. Y tal vez en este marco de sentido global es donde profesores y alumnos, con la colaboración de los padres, podemos y debemos actuar más y mejor.

Hace bastantes años un experto sindicalista italiano, Marco Marchioni, afirmaba que el problema de las toxicomanías era uno más de los problemas a los que se enfrentaba su comunidad local (o los barrios urbanos o los pueblos rurales) porque antes o paralelamente a ese problema ya existían otros problemas. Y defendía la prioridad de poner en marcha programas comunitarios educativos, culturales, deportivos, asociativos, etc., como el entramado normal y fundamental para toda la población y no para sectores especiales de ella. Este camino también ha sido el camino indicado por la Unión Europea, cuando señala que la pauta a seguir deben ser los esfuerzos emprendidos a todos los niveles para promover modos de vida más sanos y equilibrados. Mario Picchi, el fundador en Italia de Progetto l'uomo, decía magníficamente bien que "un toxicómano es alguien que tiene un problema añadido" (Picchi, M., 1998, p. 22). Compartimos plenamente con Picchi y con Marchioni este punto de vista. Un ser adicto no es alguien especial, ni mucho menos alguien especialmente determinado para ser adicto.

Las Asociaciones de Padres de Alumnos, por su parte, posiblemente el colectivo más sensibilizado con la necesidad de hacer prevención, insisten en que el mensaje preventivo dirigido a los jóvenes sólo es verdaderamente eficaz si tiene en cuenta el encuentro y la promoción de estilos de vida desde los valores. Por eso estos colectivos escolares apoyan todas las medidas que provoquen en sus hijos un cambio de actitudes y comportamientos positivos. No se trata tanto de que los maestros

o los expertos informen en las aulas a los alumnos del peligro de las drogas, sino de que los formen en valores y actitudes positivas ante la vida para no caer en conductas adictivas. Es decir, el problema sigue siendo prioritariamente no tanto de información sino de educación.

Pero para eso la sociedad ha de superar primero sus contradicciones, sobre todo el discurso 'blandas-duras'. Alcohol, tabaco, fármacos estimulantes, etc., están relacionados con las modas, el consumismo, la publicidad y el éxito fácil. Es una utopía querer avanzar en el ámbito de la prevención escolar -que por definición se dirige especialmente a niños y jóvenes- y no desenmascarar las contradicciones sociales en las que incurrimos los adultos. Aquí reside una buena clave explicativa de la poca eficacia educadora de la sociedad actual, que asiste inermemente a la cada vez mayor aceptación colectiva de las adicciones. Por eso todos tenemos, no sólo gobernantes y políticos, tanta responsabilidad en la educación de los jóvenes. Porque el abandono educativo es igual a 'calle'. Y la calle, incluida la realidad virtual compulsiva, es sinónimo de infelicidad radical.

En el siguiente apartado presentamos un espacio social especialmente sensibilizado con la educación de las personas adictas, es decir con la educación de todos estos aspectos que venimos apuntando y que se debieron aprender desde niños y jóvenes. Hablamos de la Comunidad Terapéutica Rehumanizadora y sus fundamentos.

5. La Comunidad Terapéutica Rehumanizadora

La CTR es un programa terapéutico-educativo eficaz, tanto en 'cantidad' de personas atendidas como de personas nuevas rehumanizadas o que "han vuelto a nacer", simplemente porque han descubierto que son personas. En estas comunidades, en efecto, el ser adicto descubre que es persona gracias a una terapia muy sencilla que sitúa el problema central de su vida en su ámbito existencial, es decir en el sentido o sinsentido de su existencia. Y esta persona nueva, una vez que ha abandonado sus adicciones y sus irracionalidades correspondientes, genera pensamientos positivos en el resto de áreas de su vida. De modo que esta psicoterapia rehumanizadora personalista que se

practica en estas Comunidades hace posible que podamos hablar ya de Psicología personalista¹.

Los antecedentes teóricos de la Psicología personalista y de la psicoterapia rehumanizadora los podemos rastrear en las psicologías humanistas del siglo pasado, en el análisis transaccional, en la gestalt, en la logoterapia, y en las principales corrientes y métodos del pensamiento filosófico humanista del siglo XX, como la fenomenología, el pensamiento dialógico, el pensamiento existencial, y, por descontado, en el personalismo.

Uno de los conceptos básicos de la psicología personalista es la categoría de relación. La relación, en efecto, es una categoría espléndidamente tratada por la filosofía a lo largo del siglo XX desde que empezó a circular con fuerza a partir de Sören Kierkegaard (Cañas, J.L., 2003). En el ámbito de las Comunidades Terapéuticas fue estudiada por J. Durand-Dassier (Durand-Dassier, J., 1994, pp. 117-155) como la categoría central de la psicoterapia aplicada y vivida en la Comunidad pionera de Daytop Village. En la CT se descubre con facilidad que la ayuda en grupo es eficaz y duradera en la medida en que el ayudado va a ser llamado a desempeñar, momentos después, la función de

ayudador en relación con otra persona, incluso en relación con quienes acaban de ayudarlo, y ello deviene en una auténtica relación consigo mismo.

De manera que la "filosofía de la rehumanización" se apoya sobre todo en estas dos categorías esenciales: la relación y el encuentro. La persona es un ser de encuentro y sin relación no hay encuentro. La CTR administra una terapia del encuentro cuyo verdadero agente es la relación en sus dos formas más humanas: relación consigo mismo y relación con los demás. El estatuto real en la CTR, común a todos los miembros, se halla en la palabra 'hermano' y en la palabra 'familia'. Lo cual

◆ "El mayor mensaje que nos envían las personas de la CTR es que incluso en las circunstancias más adversas y en las situaciones límite siempre le será posible al ser caído hacer la experiencia de la esperanza. (...) Esta es la fuerza colosal de la esperanza que echaría por tierra las teorías deterministas que reducen al hombre a un mero juego de fuerzas impersonales. Incluso en las circunstancias más adversas el ser adicto tiene una capacidad sorprendente para convertir la desesperación en esperanza. Puede salir de sus adicciones. Puede nacer de nuevo".

1 Cañas, J.L.: "Fundación de la Psicología Personalista". *Actas del I Congreso de la Asociación Iberoamericana de Personalismo, "Personalismo y Psicología"*, Ciudad de Guatemala 25-27/07/2011 (Pdte. publ.). La Comunidad Terapéutica Rehumanizadora, con este nombre, empieza a despuntar con cierta pujanza en Iberoamérica (Guatemala, Perú, Nicaragua, Colombia), heredera de nuestra mejor tradición humanista, también en el ámbito de la bioética y la enfermería.

significa vivencia de relaciones simétricas, y este único estatuto está íntimamente ligado a la necesidad de comunicación e interdependencia de las personas.

La rehumanización se aproxima, por tanto, a la logoterapia porque mediante el encuentro interhumano que posibilita la auténtica comunicación y la palabra es donde florece el clima propicio o 'ámbito relacional' necesario para que surja de nuevo el sentido de la vida, clave para la liberación de la persona según hemos visto; se emparenta también con la gestalt therapy a través de una concepción de la persona que apunta a una totalidad relacional armónica y rica; etc.

Sucede que en bastantes círculos de especialistas las psicologías humanistas y personalistas en general son admitidas con reticencias porque su concepción científica y filosófica, su modelo explicativo de la naturaleza humana, "contiene un factor extraordinariamente débil que podríamos llamar la confianza en el hombre" (Lukas, E., 1983, p. 244). Pero notemos que esta concepción humanista de la psicoterapia surgió precisamente en una época en la que se habían resquebrajado casi todos los tipos de confianza en el ser humano, en torno a la segunda guerra mundial cuando hizo quiebra "el mito del eterno progreso" y la confianza del hombre casi ilimitada en el poder de la técnica para salvarle. Precisamente cuando las ciencias se concentraban en métodos mecánico-funcionales y el hombre europeo comenzó a cuestionarse a sí mismo, fue cuando apareció una imagen del ser humano basada en conceptos como 'dignidad', 'conciencia de responsabilidad', 'orientación de sentido', 'voluntad de sentido'. Edmund Husserl (Husserl, E., 1991), refiriéndose a la psicología (y al psicologismo) de 1934, escribió en *La crisis de las ciencias europeas* un dictamen incuestionable hasta el momento: "meras ciencias de hechos hacen hombres de meros hechos" (Husserl, E., 1991, p. 6).

La logoterapia descubrió la fuerza más central que hay en el hombre, la capacidad de oposición del espíritu a los múltiples influjos deterministas. El ser humano no era el producto de los factores externos o internos que influyen en él. O, al menos, no sólo. ¿Quién se atrevería a negar que unas condiciones de vida infrahumana o un mal modelo de padres son factores muy negativos que afectan a los niños y jóvenes? Sin embargo no todos recurren por eso a las adicciones: algunos oponen resistencia y otros se deciden en contra basándose en sus propias decisiones. Esta íntima libertad de decisión, esta responsabilidad última personal frente a la vida, no se la puede quitar nadie al ser humano.

Abraham Maslow también consideró la voluntad de sentido como la motivación principal y básica de la

conducta humana. Sería el sentimiento de falta de sentido el que desemboca en el vacío existencial. Más allá de la voluntad de placer (Freud) y de la voluntad de poder (Adler), Viktor Frankl dejó bien establecido que en el ser humano se encuentra arraigada sobre todo la voluntad de sentido. Las personas que viven en una CTR experimentan la voluntad de sentido en su propia rehumanización de modo que pueden afirmar, con Allport, que "al elegir ser dignos de su sufrimiento atestiguan la capacidad humana para elevarse por encima de su aparente destino" (Allport, G., Prefacio, en Frankl, V., 1993, p. 9).

Por eso la conclusión más esperanzadora del proceso transformador personal que se vive en las CTRs es la rotunda afirmación de que se puede salir de las adicciones, y que se puede enseñar a las personas a vivir sin esclavitudes adictivas. La rehumanización genera un sustrato humano-existencial en la concepción de la persona y de sus adicciones, que continuamente está lanzando el mensaje de que es posible salir, de que hay esperanza. En el fondo, la esperanza es la conversión de alguien que pasa de sentirse una cosa a volver a sentirse persona. Todos los exadictos que se liberan de su despótica esclavitud coinciden en afirmar que de nuevo, y por primera vez en su vida en sentido literal, sienten que son personas. Por tanto se trata de una 'conversión existencial' que cambia el ideal en la vida.

Toda conversión implica la orientación de la existencia hacia un ideal polarmente distinto, producto de una relacionalidad nueva. La vida humana entera queda ahora como ordenada de una forma nueva que lo transforma todo, desde una libertad interior que produce en la persona un cambio espectacular de vida. Es la conversión existencial de un mundo interior desde la experiencia de la relación y el encuentro en una Comunidad de 'hermanos'. Y esta nueva orientación en torno a un ideal valioso libera tal energía creadora que el ser humano ahora se siente capaz de emprender acciones que antes consideraba inaccesibles y ajenas a su campo de acción y posibilidades.

Albert Camus, pensador nada sospechoso de trascendencias, dejó dicho en *El mito de Sísifo* (1942) que existe un solo problema verdaderamente serio: juzgar si la vida merece o no merece ser vivida. Y Viktor Frankl (Frankl, V., 1993) escribió: "El prisionero que perdía la fe en el futuro -en su futuro- estaba condenado. Con la pérdida de la fe en el futuro perdía, asimismo, su sostén espiritual; se abandonaba y decaía y se convertía en el sujeto del aniquilamiento físico y mental" (Frankl V., 1993, p. 76). Podemos sospechar (al menos como hipótesis merecedora de estudio) que en el mundo de las adicciones muchas muertes se producen por desesperación íntima.

Y ello es lógico porque cuando el ser humano cae en la absurdidad, en el vacío, no sorprende la terrible depresión existencial que se apodera de él porque ve su vida despojada de sentido. Pero justamente en los momentos más adversos es cuando el sentido actúa con fuerza esperanzadora. El sentido es una meta a conseguir en el futuro, y esta meta está ya en el presente impulsando la existencia. ¿Hacia dónde impulsa? Decididamente lleva hacia la verdad y la unidad. Antes, en la calle, el ser adicto se lanzaba hacia el dominio de la adicción, y con ella se despeñaba al absurdo. Ahora, en la CTR, el desánimo da paso a la generosidad.

Diríamos que la rehumanización 'definitiva' del ser adicto sólo es posible en un ámbito de convivencia propicio para cambiar el ideal del egoísmo, que le precipitó al vacío existencial de la calle, por el ideal de la solidaridad y el encuentro que le devuelva a la plenitud existencial. De hecho, cuando deja de esforzarse 'voluntariamente' y se acepta a sí mismo tal como es, y admite que ha perdido el control, entonces podrá empezar a recobrarlo. Es una paradoja, pero hay muchas en la recuperación de la libertad perdida. Sólo se puede cambiar, tanto individual como socialmente, después de admitir que se está enfermo. Muchos adictos realmente están enfermos del cuerpo (afecciones pulmonares, odontológicas, sida, etc.) pero todos están enfermos del alma.

Pensemos en la desesperación que el conocimiento de la realidad del sida, por ejemplo, supondría para la inmensa mayoría de nosotros. Sin embargo, en la CTR el coraje de vivir, el impresionante sentido de la realidad, el vivir intensamente su tiempo presente y no el pasado ni el incierto porvenir, las ganas de ser útiles a los demás... llevan a algunos exadictos a asumir que se morirán con sida, pero no de sida. Estarían de acuerdo con estas palabras de R. J. Álvarez (Álvarez, R.J., 1993): "Todos conocemos casos de personas empeñadas en salir adelante a pesar de sus enormes dificultades de orden económico o personal, hasta el punto de llegar a sobreponerse a graves enfermedades, como el cáncer, con la ayuda de su tesón de seguir adelante hasta ver cumplidas sus metas más ansiadas" (Álvarez, R.J., 1993, p. 176).

La dinámica personalista de la rehumanización no radica, por tanto, en el autocontrol sino en la autoaceptación. Precisamente las personas con sida en el Centro son un gran ejemplo de las ganas de vivir en plenitud que todos los seres humanos deseamos, vivir para siempre, gracias a que han descubierto que son personas. En el fondo de su ser, como cualquier persona, el ser adicto busca la felicidad, es decir a lo que aspiramos todos de manera última y profunda. El ser adicto tiene más hambre de sentido que de comida, tiene más necesidad de seguridad que de poder. No es "una pasión inútil" (Sartre).

Quiere amar y ser amado porque ha sido hecho para el encuentro, la mirada, la comunión con los demás. Necesita ser aceptado por los demás para no morir asfixiado.

Necesita experimentar que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino si la vida espera algo de nosotros (Frankl). La buena noticia que le trae la esperanza es que su recuperación total es realmente posible y, que una vez que renuncia a las 'soluciones' adictivas obra en su vida cambios profundos y positivos. Porque abandonar la drogadicción a la que era esclavo no significa que tenga que resignarse a llevar una vida llena de restricciones, sino todo lo contrario. Su recuperación se centra en llegar a conocer el bienestar interior que conlleva la verdad y la autoaceptación, y la alegría del encuentro con los demás. Con el tiempo, de hecho, su recuperación le brindará más placer del que jamás haya podido proporcionarle la adicción esclava.

Si admitimos que el ser adicto es un ser que está "en situación penúltima", entonces es legítimo creer que hasta el último momento le cabe la posibilidad de evitar la catástrofe final. Porque si se encuentra en situación penúltima siempre tendrá la posibilidad de hacer la experiencia de la esperanza, por pequeña que sea. Y aquí radica el reducto último de su libertad: hacer algo grande de una vida aparentemente abocada al fracaso. Tal vez las personas que logran recuperarse como personas son el mejor testimonio experiencial de que el hombre es un ser para la esperanza. Como podemos leer en la antropología de Joseph Gevaert (Gevaert, J., 1991): "El hombre se revela como un ser que está fundamentalmente orientado hacia el futuro, que se mueve bajo una llamada; es un ser de esperanza, incluso en donde los razonamientos (falaces) enseñan que la esperanza es imposible e ilusoria. El hombre está por hacer. Todo ser humano está en camino" (Gevaert, J., 1991, p. 151).

El mayor mensaje que nos envían las personas de la CTR es que incluso en las circunstancias más adversas y en las situaciones límite siempre le será posible al ser caído hacer la experiencia de la esperanza. Cuando Sófocles, por boca del coro en Antígona, expresó que "hay muchas cosas portentosas en el universo pero ninguna tan portentosa como el hombre", sin duda estaba dando a entender la capacidad de reacción del ser humano ante las situaciones adversas, la capacidad de ejercitar su creatividad en las situaciones más difíciles. Esta es la fuerza colosal de la esperanza que echaría por tierra las teorías deterministas que reducen al hombre a un mero juego de fuerzas impersonales. Incluso en las circunstancias más adversas el ser adicto tiene una capacidad sorprendente para convertir la desesperación en esperanza. Puede salir de sus adicciones. Puede nacer de nuevo.

